

tanto para amaestrarlos á cazar por todos lados como para adquirir los cazadores noticias y conocimientos sobre el país; saldréis de mañana á fin de descubrir la huella, porque el olor que exhala la huella de la liebre es mayor al amanecer.

El guarda ó vigilante de las redes debe llevar un vestido muy ligero, y tenderá su *arkys* en senderos escabrosos, asperos, en terrenos inclinados, en revueltas, en lugares oscuros, junto á riachuelos, barrancos y en los linderos de torrentes rápidos; porque en todos estos sitios suele retirarse la liebre.

Al colocar las redes cerca de los sitios en que se busca la liebre, ésta podría espantarse al oír los rumo-



Cazador (pintura de un vaso)

res y ruidos que hacen los cazadores. Por lo que, si deben colocarse las redes á gran distancia unas de otras, es mejor aprovechar la noche para la tarea de limpiar y preparar el terreno en que las redes deben ser tendidas. En los sitios que no ofrecen obstáculos se colocarán las horquillas inclinadas, á fin de que tengan alguna resistencia. Se tenderá igualmente de una á otra horquilla la red, teniendo cuidado de que la bolsa se halle en el centro.

Se tenderán los *dictya* en las llanuras; los *enodias* en los senderos y fuera de los caminos.

El cazador saldrá al campo vestido ligera y sencillamente, empuñando el bastón, y seguido del guarda ó tendedor de las redes. Caminarán en silencio para que la liebre, si está cerca, no oiga extraños rumores y huya. Llegados al punto de partida, el cazador lanzará á los perros en persecución de la liebre.

En invierno empezará así que apunte el Sol, en ve-

rano antes del día, y en las otras estaciones entre los dos intervalos.

Así que el primer perro habrá hallado la huella, soltará el cazador otro, y así sucesivamente, de uno en uno, se les seguirá, sin aguijonearlos demasiado, llamando á cada uno por su nombre, bien que no con frecuencia, á fin de que no se animen y enardezcan antes de tiempo.

Imaginad á los canes, alborozados y llenos de noble ardor, lanzarse, descubrir dos ó tres huellas, seguir las afanosos, cortar el terreno, describir un círculo; y, tan pronto en línea recta como oblicuamente, penetrar en las espesas malezas, en los claros, en los senderos conocidos y desconocidos, precediéndose los unos á los otros, agitando sus colas, bajas las orejas, y con el fuego en los ojos. Llegados cerca de la liebre, la señalan al cazador, agitando todo el cuerpo y la cola. Llegan, al fin, junto á la liebre, se lanzan sobre ella, que huye ligeramente entre ladridos y clamores, y entonces es la ocasión propicia en que el cazador alienta á los perros con la voz y el gesto.

La liebre, al huir, se pierde pronto de vista; en general da vueltas alrededor del lecho de donde se la ha sacado. «¡A ella! grita el cazador. ¡A ella! criado. ¡Oh, aprisa!» Y el criado que se halla junto á las redes hace, al fin, una señal para indicar si la liebre ha sido cogida ó no.

Si es la primera carrera, se llamará de nuevo á los perros para buscar otra liebre.

Cuando los perros, al perseguir la liebre, se hallen con el cazador, éste les animará con sus gritos; pero si adelantan demasiado, de suerte que el cazador no pueda seguirlos, ó les haya perdido y no oiga sus ladridos, pedirá á los que se encuentren en su camino si saben dónde se hallan para reunirse con ellos. Pero si los canes siguen las huellas, entonces debe llamarlos, cada uno por su nombre, empleando diferentes matices é inflexiones de voz. Si se halla en una montaña donde los perros corran, les alentará diciendo: «¡oh lebreles! ¡oh lebreles!»; pero si les ve que han traspasado las huellas gritará: «¡á mí lebreles! ¡á mí!»; y si les ve seguir cerca de las trazas, pero que éstas en algunos sitios se borran y desaparecen, en el sitio donde esto ocurra y vea vacilante el cazador al perro, debe acariciarle y alentarle.

Curioso es ver á los canes en estos momentos de vacilación como se conciertan y parece que se comunican sus impresiones y seguir al fin con rapidez la carrera.

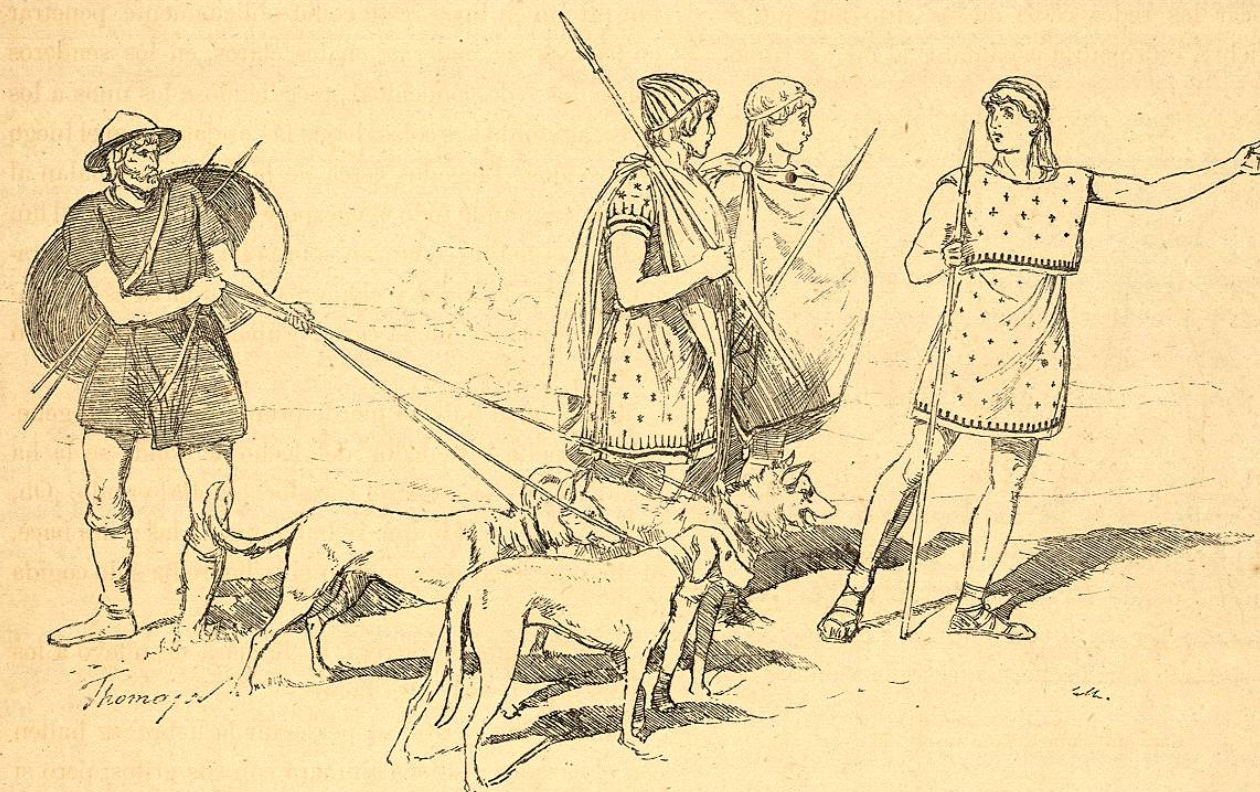
Cuando los perros han cercado la liebre, el cazador

ha de procurar que el animal, espantado por los perros, no salga del recinto. Los canes agitando su cola, echándose los unos sobre los otros, dando mil saltos y brincos, levantando la cabeza, y volviendo los ojos al cazador, levantan la pieza.

La liebre, así perseguida, ó bien se mete aturdidamente en la red ó huye, lo que el guardián indicará lanzando gritos característicos.

El cazador á despecho de que los perros estén fatigados, debe continuar persiguiendo á la liebre, que

también se halla muy cansada, y entonces debe registrar cuidadosamente el terreno, porque es seguro que la liebre se halla acurrucada, llena de cansancio, y señoreada por el temor de algun pequeño pliegue del terreno. Dirigirá allí á sus perros, les animará con el gesto y la palabra, sobre todo á los de carácter dócil, hasta que hayan matado la liebre ó bien hayan logrado que dé en el artificio. Después se levantarán las redes y se frotarán los perros y se dará fin á la caza. Es prudente que el cazador al mediodía se detenga á



Expedición venatoria en Grecia

la sombra de algun arbol para evitar que los perros se aspeen.

En invierno, durante la interrupción de los placeres venatorios, haréis cubrir á las perras, y merced al reposo y cuidado os proporcionarán en la primavera una buena raza, estación propicia para aquellos animales.

Durante catorce días las perras muestran especial aptitud para concebir, momentos que debe el cazador aprovechar para brindarles canes de buena raza. Cuando están preñadas, no deben ir de caza á fin de que el exceso de ardor no produzca un aborto. El tiempo de la gestación dura sesenta días.

Apenas nacidos, dejad los pequeñuelos al cuidado de la madre y no cometáis la imprudencia de entregarlos á otra perra, pues una leche y cuidados extranjeros

dificultarían su crecimiento, y nada es para los cachorros más dulce y benéfico que la leche materna, sus cuidados y tiernas caricias.

Pronto los perritos irán de uno á otro lado, pero durante un año dadles leche y un poco de los alimentos de que han de nutrirse en lo sucesivo. Un exceso de alimento desforma sus piernas, les produce enfermedades y perjudica á su desarrollo.

A fin de poder distinguir á los canes, se les bautiza con distintos nombres, que suelen ser cortos: Psyche, Thymos, Porpax, Styra, Lonché, Lochos, Phroua, Phylax, Taxis, Xiphon, Phonax, Phlegón, Atcé, Teuchon, Thallon, Rhomé, Anthée, Hébé, Gethens, Charo, Leusón, Angé, Polys, Bía, Stíchón, Spondé, Bryas, Onias, Sterros, Grangé, Kainon, Tyrbas, Sthenon, Ai-

ther, Actis, Aichmé, Noes, Gnomé, Stibon, Hormé.

No llevéis á cazar á los perros hasta que hayan cumplido ocho meses y diez las perras; y no les dejéis seguir con toda libertad las huellas de la liebre descubierta en su lecho, sino que sigan las trazas en compañía de los perros adultos. Tened exquisito cuidado de no soltar el cachorro así que sale de la liebre, porque, llenos de ardor, procurarían seguirla; y, débiles de cuerpo, se estropearían. Lo más prudente es dejarles seguir, por vía de ensayo, las huellas de la liebre cuando ésta ha desaparecido.

El cazador debe ser menos severo con los perros que parecen poco aptos para la carrera, pues, sin esperanzas de alcanzar la pieza, la siguen de lejos. Podéis dejar en libertad á los cachorros sobre las huellas de la liebre que corre, y si le alcanzan dadles como premio alguna tajada del animal.

Si los perros, en lugar de acudir cerca de las redes, se dispersan, llamadles, hasta que se acostumbren á la disciplina y á reunirse con sus compañeros.

Los cazadores darán por sí mismos de comer á los perros, porque es el lazo que estrecha más al animal con su amo.

Cazad la liebre cuando ha nevado en abundancia y cubre el suelo; pero, si existen algunos trozos despojados del blanco manto, entonces las trazas se pierden fácilmente. Cuando nieva, y á la vez sopla el viento norte, la nieve se derrite con lentitud, y las huellas son visibles durante mucho tiempo; si sopla viento de mediodía, y el Sol luce por intervalos, entonces las trazas duran poco, porque se funde la nieve. Pero si nieva incessantemente, ó sopla gran viento, es imposible cazar, porque se borran también las huellas.

Para cazar los ciervos y cervatillos deben emplearse los perros de la India, pues son fuertes, grandes, rápidos y valerosos. Los pavos pequeños deben cazarse en la primavera, estación en que nacen.

El cazador enderezará sus pasos hacia los bosques donde sabe abundan los ciervos, armado de jabalina y seguido de una jauría. Así que apunte el día verá á los ciervos guiar á los cervatillos hacia el sitio donde se halla su lecho de reposo; y, creyéndose seguro, dará de mamar á su hijuelo, y después se retirará.

El cazador ha de aprovechar aquellos propicios instantes para apoderarse del cervatillo, que exhala bramidos. La cierva, que ha oído los gritos de su hijuelo, arrastrada por su amor maternal acudirá luego á aquellos sitios, cayendo en poder del cazador con el auxilio de los perros y la jabalina.

La victoria no es tan fácil cuando el cervatillo tiene

más de un año, pues sigue constantemente á su madre.

Se caza también á los ciervos con trampas y lazos, que se tienden unas veces en las montañas, otras cerca de los arroyos y riachuelos, y en las umbrías. Son artificios fabricados con ramas entrelazadas, liadas con esparto.

Semejante artificio se coloca junto á un foso, ancho en su boca y más estrecho en el fondo. El cazador ojeará los ciervos durante la mañana; cuando les sigue por tierras labradas, debe empezar antes del día, pues durante el mismo la presencia del hombre le causa pavor.

Cuando halléis el artificio derribado, soltad los perros, animadlos, siguiendo la huella, por punto general visible, que ha dejado el ciervo.

En la caza del jabalí es necesario emplear perros de la India, de Creta, Lócrida, y Laconia, y valerse también de artificios ó bien armas, como jabalinas, venablos y redes. Los *arkys* serán dispuestos de igual suerte que los empleados para la caza de la liebre, pero fabricados de un modo más resistente y sólido.

Se emplearán toda suerte de jabalinas, provistas de hierro largo bien cortante, fijas en madera dura. Los venablos serán de hierro de 5 palmos de longitud, el cuento del chuzo será cubierto de cobre, y el mango fabricado con fuerte madera, del espesor de una jabalina.

Llegados los cazadores al sitio donde presumen que se encuentra el jabalí, se tendrá sujetos á los perros á la trailla, excepto uno de Laconia, que irá suelto, buscando las huellas, y que guiará al tren de caza.

Multitud de indicios guían al cazador: en los terrenos movedizos, son las huellas de los pasos; en las umbrías, las ramas rotas; en las grandes selvas, las señales de los colmillos del jabalí impresas en el tronco de añosos árboles.

Se tenderán en diferentes sitios las redes entre los árboles; y cuando estarán tendidas soltaréis todos los perros, siguiéndoles armados de jabalinas y venablos. Es conveniente que los perros no vayan juntos, sino á alguna distancia unos de otros, á fin de que el jabalí tenga espacio suficiente para pasar; pues, si á su paso el jabalí halla distintas personas y canes agrupados, es casi seguro que herirá á alguno.

El jabalí seguido de perros suele aturdiramente dar en alguno de los artificios colocados en el bosque, y entonces los cazadores le dirigen las jabalinas y venablos. Si, á pesar de estar acosado por todos lados, el jabalí no es prisionero de las redes y hace frente á los cazadores, entonces es forzoso avanzar teniendo el

venablo ó el chuzo en la mano, procurando dirigirle certero golpe, teniendo exquisito cuidado que el jabalí, con un movimiento de cabeza, no haga soltar el arma de las manos del cazador. En semejante trance debe echarse al suelo; y el jabalí, que tiene los colmillos encorvados, difícilmente puede herir con ellos al hombre echado de bruces al suelo. Si el cazador permaneciera de pie, sería infaliblemente herido.

Verdad es que el jabalí pisotea en aquel caso al cazador, y es necesario que sus compañeros acudan á socorrerle, amenazando al animal con el venablo en la mano, pero sin lanzarlo para no herir á su compañero; y el animal, irritado, se revolverá, sin duda, contra el nuevo adversario, dando tiempo y espacio al primer cazador para levantarse.

El cazador caído, si es pundonoroso, no ha de dar sosiego á la mano sin dar muerte al jabalí, dirigiendo el hierro á la garganta entre los dos omoplatos, donde lo hundirá con todas sus fuerzas. Furioso el animal, se precipitará hacia adelante; y, si no lo impidieran los travesaños de hierro de la lanza, hundiría en su cuerpo el mango hasta llegar á tocar el puño del cazador.

La fuerza del jabalí es inmensa, y su ardor en la lucha es tal, que, en el momento en que agoniza, los pelos próximos á sus colmillos se crispan y arden. Buen testimonio de ello ofrecen los pelos de los perros, quemados al contacto con el jabalí.

Se caza también al jabalí empleando solamente perros que al fin le fatiguen y rindan. En semejante caza mueren muchos perros, y los cazadores corren algún peligro.

El animal, así perseguido, se dirige hacia el agua, ó bien á un sitio escarpado y abrupto, ó en rincones de la selva, de donde no quiere salir. Cuando, ojeado, es hallado de nuevo por el cazador el jabalí, entonces tendrá que emplear con denuedo el venablo ó la jabalina.

Es difícil arrebatar al jabalí los jabatos, porque no les abandona hasta que estén desarrollados. Cuando los perros han descubierto algún cachorro, y le persiguen, suelen pagar caro su atrevimiento, porque el padre y la madre le defienden con singular ardor y bravura.

Los leones, leopardos, linceos, panteras, osos, y otros animales feroces se cazan en regiones extranjeras, en el monte Pangeo, en el Cittus, situado más allá de la Macedonia; en las cimas del Olimpo, de Mitrya, sobre el Pindo ó sobre la Nisa, situado en Siria, y en otras montañas.

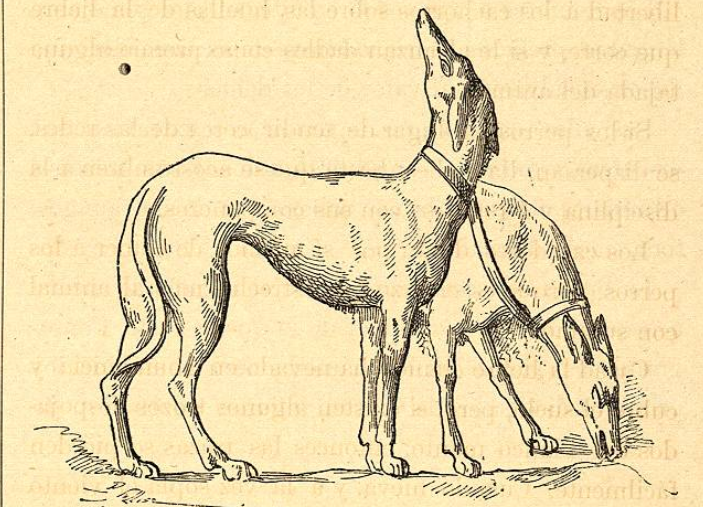
El medio de cazar semejantes animales es valerse de

cebos puestos junto á la orilla del agua, y en otros sitios frecuentados por la fiera.

Las alimañas que bajan de noche á la llanura ven-se cercadas por hombres montados á caballo y armados, que cazan á la fiera, pero no sin correr algunos riesgos.

Otras veces se emplea un foso cubierto de ramaje, junto al cual se pone un cabrito á guisa de cebo; y, llegada la noche, la fiera, impulsada por su voracidad, cae sobre su víctima, precipitándose en el foso.

El cazador debe tener salud robusta, vista inmejorable, oído perfecto; y, dedicado á los placeres venatorios, envejecerá menos y será apto para la guerra. Cargado



Lebrelles griegos

de armas, atravesará los senderos difíciles, y conseguirá el hábito de soportar las fatigas, dormirá en duro lecho, será sobrio, y fiel centinela en el sitio que se le señale.

El buen cazador será, por punto general, excelente guerrero, y no abandonará su puesto, merced á sus hábitos de perseverancia. Derrotado el enemigo, le perseguirá derecha é intrépidamente; y, si el ejército de la patria ha experimentado un descalabro, la experiencia adquirida en la caza y en el conocimiento del terreno, le proporcionará medio para emprender una gloriosa retirada, coronada á veces por la victoria; pues más de una vez, en una derrota casi general, hombres valerosos y experimentados, viendo al vencedor extrañado y en terreno desventajoso, vuelven de nuevo al combate, y, merced á su fuerte constitución é intrepidez, les ponen en fuga; porque la fortuna es compañera ordinaria de aquellos que unen un alma fuerte á un cuerpo robusto.

Así es que, convencidos nuestros antepasados de